

NOE CASADO

A mi manera

PIJAS Y DIVINAS 3



Noe Casado

A mi manera

Pijas y divinas 3

Esencia/Planeta



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Noemí Ordóñez Casado, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: febrero de 2023

Depósito legal: B. 361-2023

ISBN: 978-84-08-26827-7

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Desde que era pequeña, mi vida se ha regido por el principio de esfuerzo-recompensa. Quien algo quiere, algo le cuesta, suele decirse, ¿verdad?

¿Os parece razonable?

Yo no he conocido otro sistema. Ya ni me lo planteo, pues hasta la fecha ha funcionado con mayor o menor éxito. Puede parecer extraño, porque crecí entre algodones. La situación económica de mis padres era muy desahogada, pues la visión empresarial de Íñigo Figueroa se unió al dinero de Magdalena Velasco-Medina.

Mi madre disponía de un generoso fondo, o dote, según se quiera ver, destinado en principio a proporcionarle una vida tranquila, sin sobresaltos y con los cuidados que su débil cuerpo pudiese necesitar. En cambio, ella decidió salirse del rumbo marcado por su familia. Cuando ya lo tenían todo más o menos organizado para mi madre, ella les rompió los esquemas, porque conoció a un hombre joven, no excesivamente atractivo, con labia y bastante talento.

Un talento que lo llevó a invertir de forma muy productiva, de modo que, antes de cumplir los cuarenta, ya había triplicado la fortuna de mi madre. Y como ya le aburría ganar dinero en el mundo de la especulación, a finales de los ochenta decidió montar una agencia de publicidad, Figueroa y Asociados, con el dinero que había ganado, dejando la dote de mi madre intacta en un fondo de ahorro. Aunque de haber querido gastárselo todo no habría encontrado obstáculos, pues, por lo que he sabido, ella adoraba a mi padre, más bien lo idolatraba, así que negarle su fortuna era impensable.

¿Fue pragmatismo o insensatez?

Mi madre siempre fue una mujer débil, enfermiza, cuidada con esmero por su familia por temor a que el más mínimo contagio acabase con su vida. Por lo que he leído en los diarios que me dejó, ella estaba hasta la peineta de la estricta vigilancia a la que era sometida.

Así que un día burló la vigilancia y con dieciocho años recién cumplidos se fue a la capital, donde se relacionó con las primeras personas que la trataron con normalidad y entre ellas estaba mi padre. Un cabo primero que, si bien podría haber hecho carrera en el ejército, decidió licenciarse, porque, según sus propias palabras, allí había que hacerles demasiado la pelota a los inútiles. Y mi padre es, ante todo, un hombre de acción.

Los dos se conocieron, se gustaron, o al menos eso cuenta mi madre en sus diarios, y pasaron la noche juntos, muy juntos, en una pensión en la que ella jamás habría puesto un pie. En los diarios describe cómo fue aquella primera noche... Admito que me sentí un tanto violenta al principio, una nunca piensa en sus padres y el sexo al mismo tiempo, sin embargo, desgrané cada

página y me di cuenta de que ella buscaba escapar de un entorno opresor.

Le daba igual con quién. Y mi padre fue el elegido.

Mientras leía, tenía la sensación de que mi madre siempre había sido un poco infantil y que, al haber estado tan protegida, se fio del primero que pasó, en este caso mi padre. Siguieron viéndose y pasó lo inevitable: chica de buena familia embarazada a los diecinueve, boda exprés y advertencia al novio de que no iba a ver un duro.

Luego, a los seis meses de la boda, se descubrió que todo había sido un invento de ella para escapar del control paterno. Ni había embarazo ni nada, y en una familia tan tradicional la separación quedaba descartada.

¿Quién se aprovechó de quién?

Mi padre necesitaba medrar y dinero y mi madre escapar. Creo que su relación era casi perfecta. No sé qué hubiera ocurrido de haber vivido ella más años. Quizá hasta habrían tenido un matrimonio feliz.

Magdalena Velasco-Medina se había salido con la suya: tenía un marido al que idolatraba, y que se pasaba el día fuera, haciendo negocios, disponía de una casa propia en la que ella daba las órdenes y, lo que sin duda más ansiaba, disfrutaba de un poco de libertad. Pero había un pequeño problema, ya que seguía siendo una mujer enfermiza.

Pasaba el tiempo y no se quedaba embarazada. Leí cómo lloraba cada mes al tiempo que su salud empeoraba. Por lo que supe después, padecía una enfermedad degenerativa, así que concentró todos sus esfuerzos en tener un hijo. Los médicos se lo desaconsejaron, por el riesgo que entrañaba. Nadie de su entorno, incluido mi padre, que evitaba mantener relaciones maritales con

ella por temor a dejarla encinta, apostaba por ello, sin embargo, ocurrió el milagro, es decir, nació yo.

Si conozco la historia de primera mano es gracias a la afición de mi madre por escribirlo todo. No tuve la suerte de estar con ella, porque murió cuando yo tenía dos años y ni siquiera la recuerdo. He visto cien mil veces las fotografías y todos dicen que somos como dos gotas de agua.

Nunca la he echado de menos, consecuencia directa de no haberla conocido. Mi padre tampoco ha sido uno de esos hombres que al enviudar recuerdan a su esposa y les hablan a sus hijos de ella. Y no he añorado tenerla porque tuve a mi disposición el mejor personal de servicio, empezando por toda una serie de niñeras. Mi padre pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa, no sé si intentando rehacer su vida con otra mujer o trabajando. Su forma de preocuparse por su hija era tenerla atendida por el personal más cualificado. El dinero, como ya habréis deducido, nunca fue un problema.

Así pues, me crié con niñeras muy preparadas y por supuesto guapas. Esto último, visto con la inocencia de una niña, no tenía una segunda lectura. Siempre me pareció estupendo, pues a cualquier niño, si le ponen una *nanny* con verrugas y fea, se asusta.

Si bien nunca tuve motivos para sospechar, sé que mi padre atendía sus necesidades y que tuvo alguna que otra aventura con mis cuidadoras, pero no en casa; tuvo el buen gusto y el cuidado de llevárselas fuera y de hacerlo de tal manera que después no surgieran problemas.

A Íñigo Figueroa, a pragmático no le gana nadie.
Desde que tengo uso de razón, recuerdo haberlo

visto una o dos veces a la semana, dependiendo de su disponibilidad. Siempre primaban los negocios o sus amantes. A su hija la tenía bien controlada, nada que le robara el sueño.

Si quería que me organizara una fiesta de cumpleaños por todo lo alto, mis notas del colegio debían ser de sobresaliente y yo cumplía mi parte del trato sacando matrículas de honor. ¿Un caballo? Muy bien, entonces nada de rechistar a la hora de la comida y respetar siempre los menús elaborados por un nutricionista.

A medida que iba creciendo, el esfuerzo aumentaba, ya que la recompensa lo hacía también.

¿Unas vacaciones en Londres? De acuerdo, a perfeccionar mi inglés y sacar una calificación inmejorable, además de hacer prácticas en alguna empresa como becaria.

¿Un deportivo al cumplir los dieciocho? Muy bien, pero no debía volver a salir con aquel chico.

¿Un ático de lujo en el centro? Vale, tenía que estudiar entonces lo que él quería y con unas notas altas. Me licencié en Dirección y Administración de Empresas y en Comunicación Audiovisual. La primera de mi promoción.

¿Acceso a las mejores tiendas de moda sin preocuparme por el dinero? El precio era acudir a eventos de negocios acompañada del hijo de algún amigo de mi padre y fomentar los vínculos con familias de renombre.

¿Ocupar un cargo directivo en la empresa familiar? Debía irme fuera del país durante cinco años, alejada de amigos, vivir sola en apartamentos aceptables y trabajar más horas que nadie para curtiarme en las empresas del sector, porque para mi padre, que no pisó la universidad, no bastaba con los títulos universitarios.

Yo accedía a sus demandas porque me convenía y porque, no lo niego, siempre he sido ambiciosa; lo sigo siendo, y también exigente conmigo misma. Sin olvidar lo poco o nada tolerante que soy con los errores, propios y ajenos.

Así que cuando mi padre anunció que pensaba retirarse, yo ya estaba preparada, o al menos eso creía, para ponerme al frente de la agencia de publicidad que había fundado. Pero no, aún me exigió otro esfuerzo. Dos, para ser exactos.

El primero, que trabajase un tiempo a su lado para aprender las bases del negocio. Una petición lógica, aunque me supuso un conflicto personal, ya que me cogió como becaria, cobrando menos que nadie y teniendo que soportar las miradas, a veces burlonas y otras desconfiadas, de algunos empleados.

La hija del jefe. Nadie se molestó en mirar mi nómina.

La segunda petición duerme ahora a mi lado. Como un tronco. Y yo sigo acostada en el borde de la cama, porque no quiero ni rozarme con él de manera accidental.

Simón de Vicentelo y Leca, hijo de un importantísimo empresario ganadero y agrícola venido a menos, pero que conserva una nada desdeñable red de contactos a nivel nacional. Contactos que ha ido forjando desde hace años, basándose en el *quid pro quo*. Un círculo prácticamente cerrado al que solo se accede por nacimiento o, como mi padre, casándose con alguien que pertenezca a él. Esos contactos no se pueden pasar por alto e Íñigo Figueroa no desaprovecha la oportunidad de estrechar lazos.

Se nota que tuvo que empezar de cero, por lo que

para él es imprescindible fomentar las buenas relaciones. Como ya he dicho, dio ejemplo al casarse con una niña bien, mi madre, una Velasco-Medina de toda la vida.

Cierto que supo rentabilizar el dinero de sus suegros, pero sin ese empujón inicial quizá no lo habría logrado. Otros puede que se hubieran dedicado a vivir de las rentas o, peor aún, a dilapidar el capital. Mi padre no lo hizo y, así, visto en perspectiva, actuó de forma correcta. Pese a que siempre me quedará la duda de si quiso a mi madre al menos un poquito o solo vio en ella el pasaporte para triunfar.

Mi abuela materna no se cansa de repetírmelo, porque para Aurora Villamayor el pedigrí de las personas es fundamental. Qué mal se llevaba con mi padre. Nunca lo aceptó en la familia y a la menor oportunidad le echaba en cara, con elegancia, eso sí, su origen humilde. Y mi padre aprendió la lección y yo así lo he creído durante toda mi vida. De ahí que Simón fuese el candidato perfecto para novio.

Y el elegido.

Si a las «recomendaciones» familiares se les une el hecho de que me pilló en un momento delicado por otro asunto personal (ya daré detalles más adelante), pues aceptar a Simón como pareja resultó lo más cómodo.

Pero no me conformé con acostarme con él, desahogarme y volver a casa algo más relajada, como habría hecho otra en mi lugar (ya os hablaré en otra ocasión de cómo fue aquello, de cómo me sentí), yo cometí un error aún más grande y fue darle un puesto de responsabilidad en la agencia. Como es lógico, al novio de la jefa no lo vas a poner de becario. En primer

lugar, porque el susodicho tiene estudios. Así que decidí crear un puesto para él, al que iba asociado un importante salario, y que no me está trayendo más que dolores de cabeza y enfrentamientos con algunos de mis empleados.

Y eso me pone en un compromiso, ya que quienes cuestionan al novio de la jefa pueden pensar que serán despedidos y no dicen nada, pero la calidad del trabajo se resiente. Y en caso de que se arriesguen, si no le doy la razón a Simón, después tengo enfrentamiento asegurado.

El segundo motivo para desoír la lógica que me advertía de lo peligroso que era aquello fue la conversación que tuve con mi padre. Según él, no es bueno que un mozo como Simón esté ocioso, ya que entonces podría «despistarse» y por despistarse se entiende irse con otras, gastar dinero que no tiene y suscitar cotilleos.

Y ya la más rocambolesca razón es que no puedo ir por ahí acompañada de un novio que no tenga cierta reputación empresarial. Esto fue una aportación de mi abuela, que está encantada con Simón, y él con ella. Porque, lo admito, Simón es perfecto. Elegante, con presencia y educado desde la cuna, como yo, para moverse en los ambientes más selectos sin desentonar.

Y ahora, tras casi dos años de errores, discusiones, silencios incómodos, de ignorarnos mutuamente, de viajes de negocios innecesarios, seis meses sin tocarnos, no porque él no quiera, sino porque yo le evito a toda costa, he llegado a la conclusión de que debo romper de una vez este círculo vicioso.

Os estaréis preguntando por qué si mi novio de diseño es tan perfecto a mí no me satisface. Vayamos por partes.

Su aspecto. ¿Os intriga saber cómo es?

Muchas suspirarían por él. De hecho, suspiran, he sido testigo de ello, porque el primer día que puso un pie en la oficina, más de una se lo comió con los ojos.

Empezaré diciendo que su abuela es noruega y él tiene un cierto aire nórdico que gusta, ya que sus rasgos son poco habituales. Sí, tiene el pelo rubio y unos ojos claros impresionantes. Cuando lo conocí me causó muy buena impresión. Roza el uno noventa, viste siempre de manera impecable y combina muy bien un estilo elegante sin ser anticuado. No os imagináis cuánto gasta en ropa, más que yo, porque quiere que un sastre se la confeccione a medida. Os pondré un ejemplo, sus camisas superan los trescientos euros. Las encarga todas en la camisería Castro, un establecimiento de los de toda la vida.

Es una lástima que no confeccionen también prendas para mujer, y mira que le insistí a Rodrigo, el dueño, pero él se mantuvo en sus trece y no lo conseguí. Incluso llegué a proponerle un trueque, una buena campaña publicitaria a precio de coste, y nada. Eso sí, me rechazó con una cortesía de las que ya no se estilan.

Sigamos con el dechado de virtudes, Simón, al que me hubiera gustado birlarle una de esas camisas. Habla y se comporta con educación y se mantiene en forma. Podría haber sido modelo, si no fuera una profesión mal vista en su familia. Pertenece a esa estirpe de señoritos que han vivido de las rentas hasta que, por mala gestión, se les han ido agotando. Nunca ha trabajado, aunque tiene una licenciatura en Dirección y Administración de Empresas por una universidad privada, que, sinceramente, creo que debe de dar los títulos sin exigir mucho. Por supuesto, también ha cursado algún que

otro máster. A priori, podríamos decir que está cualificado.

En resumen, la imagen pública, todo lo que se puede apreciar sin entrar en intimidades, es perfecta.

Y ahora os estaréis preguntando, no tratéis de negarlo, ¿cómo es en las distancias cortas?

No seáis vulgares preguntando cómo folla.

Pero os responderé. La parte técnica es correcta. Sabe qué hacer y qué decir para que una mujer se sienta excitada incluso antes de llegar al dormitorio. Besa bien, con delicadeza; es paciente, atento cuando una no está muy animada, se deja llevar cuando una tiene el día dominante y al verlo sin nada encima dan ganas de tocarlo por todas las partes. Si vestido es impresionante, desnudo ni os cuento.

Controla la versión del coito tradicional, no se le da mal el sexo oral y ya no hemos probado más, porque ni él lo ha insinuado ni yo me he sentido animada a proponérselo.

Y algo extraño en un hombre: acepta con deportividad el rechazo.

¿Cómo puedo quejarme de tener un novio así?

Hay quien diría, con muy mala leche, que parece la versión masculina de Noelia Figueroa y Velasco-Medina, o sea, yo. Quizá precisamente por eso me resulta tan... tan... perfecto y hasta podría decir pedante.

Me cuesta horrores excitarme con él. Un contrasentido, lo admito, porque, siendo tan atractivo, mi cuerpo debería responder de forma casi automática. Pues no, nada de nada.

Seis meses de abstinencia.

Seis y dentro de poco serán siete.

No os compadezcáis, por favor.

Sigamos con Simón, el «novio perfecto».

¿Cuál puede ser otro motivo para haber llegado a esta situación?

Pues que como ejecutivo de publicidad es un desastre.

No he dejado de apagar incendios desde que está en la agencia.

Esa es una razón de peso, desde luego, pero hay otra, más veraz, más íntima, más secreta: cada vez que me acostaba con él pensaba en otro. Una forma como otra cualquiera de excitarme, no me critiquéis. El problema, lo que me tortura, no es el arrepentimiento, sino el hecho de pensar en un hombre que no se parece en nada a Simón, o, ya puestos, al prototipo que siempre he buscado.

Así pues, me sobran motivos para no seguir con él. Hay días en que quisiera perderlo de vista para siempre ante sus propuestas tan ridículas o, lo que es peor, cuando le da por corregir a alguno de los creativos. Por suerte, consigo que no llegue a los clientes, evitando de esa forma perderlos. En un mundo tan competitivo como el de la publicidad, ese es un lujo que no me puedo permitir.

Y vamos con ese otro hombre. Lo llevo callando desde hace tiempo, pero estoy colada por uno y mantengo una relación con otro. Atención, chicas, no funciona. Hacedme caso.

Ahora viene la pregunta del millón: ¿quién ha sido capaz de poner a prueba mi férreo control?

La respuesta es: el hombre menos indicado, el que menos me conviene.

Pero de momento no os daré más datos, porque creo que Simón se está moviendo y al pensar en el otro

me he excitado y no quiero que se lleve una impresión equivocada.

—¿No puedes dormir? —pregunta con voz cansada.

Suspiro y me doy la vuelta despacio.

—No —respondo cortante.

—Pues inténtalo, tengo que madrugar —refunfuña—. Y ya sabes que necesito dormir bien cuando tengo una reunión importante.

Esto último es de traca, porque Simón no es lo que se dice muy concienzudo; apenas se prepara las reuniones y lo basa casi todo en su encanto personal. Que sí, lo tiene, aunque en los negocios eso no sirve.

Tarda muy poco en volver a dormirse, afortunado él. Yo miro el reloj y veo que pronto amanecerá. Ya no tiene sentido dar más vueltas en la cama, así que dejo al bello durmiente y me levanto.

Me voy a la terraza cubierta y observo la ciudad. Me acomodo en una de las tumbonas y me quedo ahí sola, dándole una vez más vueltas a la preocupación que me quita el sueño.

Debería decir preocupaciones, en plural, porque Simón no es mi único quebradero de cabeza. También tengo otros, a los que llevo enfrentándome desde que asumí la dirección.

Tal como yo intuía, al entrar en la empresa me encontré con un montón de caras que no decían una palabra, pero expresaban muy bien lo típico en estos casos: una niñaata que, por ser la hija del jefe, se pone a jugar a las ejecutivas y nos va a dar bien por el culo hasta que se canse; en lo último no se equivocaron mucho.

Sí, no disimuléis, más de uno y de una lo ha pensado. Seguro que si en vez de ser Noelia Figueroa hubiera

sido Íñigo Figueroa júnior, es decir, si tuviera algo colgando entre las piernas (*pene* es el término anatómico), la cosa cambiaría, pues a nadie le extraña que el hijo ocupe el puesto del padre.

¿No tengo la preparación adecuada?

¿No he estado trabajando como la que más?

¿Por qué ha de ser diferente conmigo?

¿Por qué este doble rasero?

Sea por lo que sea, es así, y me está costando mucho sofocar comentarios y dominar a ciertos empleados que no asumen mi puesto.

Una vez oí una conversación de dos de los trabajadores, que llevan en la empresa más de quince años. Decían lo siguiente:

—A mí no me va a tocar los cojones una niñata, hostias, que tengo pelos en los huevos.

—Ni a mí tampoco. Joder, que tengo cincuenta años y una mocosa de treinta y pocos no va a darme órdenes. Llevamos toda la vida haciendo las cosas a nuestra manera y no vamos a dejar que una pedorra con un título universitario nos maneje y encima nos controle las dietas.

Y todo porque en una revisión de gastos vi que algunos comerciales cargaban a la empresa demasiados gastos. Lo de hacer las cosas a su manera significaba seguir llevando a clientes o potenciales clientes a divertirse. Todos sabéis a qué me refiero.

Hasta cierto punto, entiendo que a unos señores de cincuenta y algunos años, acostumbrados a sus reuniones, en las que nunca hay una mujer y donde pueden hablar y soltar ordinariaces sin control, les cueste asumir la realidad: que eso se acabó.

Para cortarles el rollo y de paso acabar con una po-

lítica un tanto discriminatoria, lo primero que hice fue incluir a una ejecutiva en el departamento comercial. Protestaron, como preveía. Pusieron el grito en el cielo y no me tembló la mano al plantear prejubilaciones. Siguieron rabiando por los rincones como viejas, pero acataron la decisión. Al cabo de seis meses, comprobé que los gastos de representación se habían reducido considerablemente.

Por supuesto, soy consciente de sus críticas, que, como ratas, hacen a mis espaldas. Y tomo nota, porque cuando surja la oportunidad, tomaré medidas. De momento dejo que se confíen. Una actitud maquiavélica, lo sé.

A mi padre no le gustó mucho que cambiara su política de empresa. Pero la decisión estaba tomada, ya no iba a dar marcha atrás. Y tampoco respecto al resto de las decisiones que he ido tomando.

Me suena la alarma del móvil y me pongo en marcha, tengo que disimular muchas ojeras si quiero llegar a la oficina perfecta.

Es algo que siempre hago, nada de andar con aspecto descuidado, es una norma de la empresa, así que voy a empezar con mi rutina diaria.